

Devenir mujer en el siglo XXI, una comprensión psicoanalítica.¹

Becoming a woman in the XXI century, a psychoanalytic perspective.

Lorena Biason J.²
Marcela Ramírez M.³

Resumen: Desde la idea de un psiquismo social y en el entendimiento que el individuo es una construcción social, se interroga el psiquismo de la mujer, quien en su devenir y en su complejo proceso de adquisición de la identidad, encuentra como fuente de sentido desde lo social, la ley patriarcal imperante que la ubica en un lugar de menor valor en la sociedad.

Los padres, principalmente a través de la identificación proyectiva, juegan un rol determinante en la recreación de estas significaciones imaginarias sociales y el psicoanálisis, con un constructo teórico que no puede conceptualizar sino desde lo social, podría banalizar un sistema de violencia, mediante un sistema racional y socialmente construido.

Palabras Clave: devenir mujer, estructura social, ley patriarcal, identidad de género.

¹ Este trabajo leído en Lima, Perú, en VIII Congreso Latinoamericano Flappsip, "Clínica Psicoanalítica en el siglo XXI, Desafíos a la escucha", el 23 de Mayo 2015, aparecido en la página web del congreso: <http://congreso.flappsip.com/viii/trabajos/devenir-mujer-en-el-siglo-xxi-una-comprension-psicoanalitica/>

² Psicoanalista, Psicóloga Clínica y Supervisora Acreditada, Miembro Titular de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis - ICHPA, Magíster en Psicología Clínica mención en Psicoanálisis, Universidad Adolfo Ibáñez, Ex Docente Magíster UAI-ICHPA Seminario Pensamiento Kleiniano. Correo electrónico: lorenabiasonjara@gmail.com

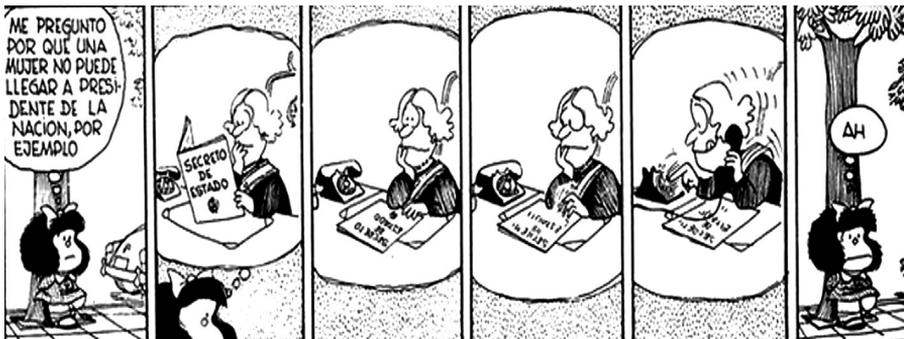
³ Miembro Titular de la Sociedad Chilena de Psicoanálisis - ICHPA, Magíster® en Psicología, mención Psicoanálisis, Universidad Adolfo Ibáñez. Miembro Directiva de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Psicoterapia Psicoanalítica y Psicoanálisis-FLAPPSIP. Ex Presidenta de Sociedad Chilena de Psicoanálisis-ICHPA. Ex Delegada de ICHPA para International Federation of Psychoanalytic Societies- IFPS. Correo electrónico: m_ramirez@manquehue.net

Abstract: Based on the idea of a social psychism and understanding the individual as a social construct is that we look at the female psychism. The occurrence and development of the women's psyche, as well as her complex process of identity formation finds a source of meaning, from the social perspective, in the prevailing patriarchal law which positions her in a place of less value in society.

Parents, mainly through projective identification, play a decisive role in the recreation of these social imaginary meanings. Psychoanalysis, with a theoretical construct unable to conceptualize but from the social aspect, might trivialize a system of violence by means of a rational and socially constructed system.

Keywords: becoming a woman; social structure; patriarchal law; gender identity.

(Año 2006) Una niña de 7 años al ser elegida por primera vez Presidenta Michelle Bachelet pregunta ¿Entonces las mujeres también pueden ser Presidentas?...



Chile, Argentina y Brasil han tenido presidenta mujer, pero aún cuando las mujeres han ido acrecentando su participación social, profesional y cultural, la verdad es que aún persiste una fuerte desvalorización de lo femenino que se arrastra desde los inicios de nuestra sociedad occidental. Este es el asunto que nos interroga como psicoanalistas.

“El individuo es una fabricación social; y lo que yo sé como psicoanalista es que lo que no es social en el individuo no solamente es incapaz de componer una sociedad, sino, que es radicalmente y violentamente asocial” (Castoriadis, 1999: 122).

Para Castoriadis (1989), la sociedad es esencialmente un magma de significaciones imaginarias sociales que otorgan sentido a la vida colectiva e individual, satisfaciendo así una necesidad imperiosa de la psique. Lo esencial a la sociedad sería entonces esta capacidad para crear nuevas significaciones y nuevos sentidos. Si la psique no encuentra en el espacio social un sentido capaz de reemplazar el sentido originario, monádico, e indiferenciado, no podrá salir de la clausura original y sobrevivir.

Este enfoque marca una particular manera de relacionar “estructura social” y psiquismo, ya que Castoriadis (1989), entiende a un “inconsciente” sometido ya a un marco socio institucional más amplio. Desde el psicoanálisis, el hombre en esencia, su inconsciente, es no sólo a-moral sino también a-social.

La sociedad y las instituciones requieren del hombre que entierre el sentido original, –cuyo punto de partida se sitúa en la completa indiferenciación–, a cambio de interiorizar e invertir lo que ésta le ofrece en calidad de sentido; las significaciones imaginarias sociales. Así el sujeto, hace el laborioso camino de abandonarse a sí mismo como fuente de todo placer, mediante la apertura a lo social, “Yo soy el Pecho”, señala Freud (1938, 301).

De esta forma, se piensa el Yo como una construcción esencialmente social en la cual es imposible analizar la función del Yo sin considerar el campo sociocultural en el que está inmerso el sujeto. Dado lo anterior lo que la sociedad no puede dejar de hacer es dejar de proporcionar un sentido, so riesgo, de locura.

Se plantea en este trabajo, como lo formulan diversos autores: Aulagnier, Castoriadis, Dio Bleichmar, Puget, Kaës, un yo que en su constitución está ligado a lo social, un yo que no resiste la división artificial y ortodoxa entre mundo interno y mundo externo. Y se piensa el psiquismo de la mujer en constitución permanente con un imaginario social, regido por la ley patriarcal como fuente de sentido, –al menos, desde la época Victoriana de Freud hasta el siglo XXI–, ley que dictamina un lugar de menos valor sobre lo que es ser mujer. Un psiquismo que en el encuentro con otro, internaliza una mirada externa que resulta dispar en

la valoración social. Como señala Dejours “aunque en ningún tratado de filosofía moral se considere que la virilidad es una virtud, siempre se la tiene como un valor” (Dejours, 2006: 84).

Dicho de otra manera, se da cuenta de un devenir mujer que, al hacer esta renuncia, en el proceso de socialización, encuentra a cambio, como fuente de sentido, un lugar que según lo que se plantea en este trabajo, siguiendo a Errázuriz (2012), es desde una “heterodesignación patriarcal” que resulta misógina (Errázuriz 2012: 375).

Devenir mujer

“Mantener la casa en orden, supervisar y educar a los hijos constituye una ocupación de tiempo completo. El hogar es el lugar de la mujer. Enviar a las mujeres a la lucha por la supervivencia es una idea “abortada”... Realmente es una idea que nació muerta: lanzar a las mujeres a la lucha por la existencia, exactamente como si fuesen hombres... En conclusión, la naturaleza ha destinado a la mujer, a través de la belleza, la dulzura y el encanto, a algo más que al trabajo duro” (carta de Freud a Martha Bernays. 15/11/1883- citado en Rodríguez 1996: 139).

¿Podemos pensar en una teoría psicoanalítica neutral y objetiva, o por el contrario como toda construcción humana entendemos que nuestra teoría también está permeada y moldeada por las condiciones históricas y socioculturales? Pensamos que la visión de Freud acerca de la feminidad no sólo representa una mirada desde el ser masculino sobre el tema, sino que además su comprensión de lo femenino estaba determinada y delimitada por los valores morales y éticos de su época así como por los roles culturales asignados a la mujer en ese período histórico.

Michael Foucault (1976) conceptualiza estas inquietudes a través de la noción de dispositivos de saber-poder, concepto que alude al hecho de que todo cuerpo de conocimientos es creado por un grupo humano que busca a través de ese medio hacer frente a los problemas que presenta la naturaleza y la convivencia social, para su subsistencia y prosperidad, y por lo tanto es ingenuo e ilusorio suponer

la existencia de un conocimiento objetivo. La verdad no existe aislada de los sistemas de poder que las producen y las mantienen.

Ya en 1976 Juliet Mitchell en su libro “Psicoanálisis y feminismo”, con una mirada crítica sobre el tema, postula que el psicoanálisis puede entenderse como un análisis de la sociedad patriarcal, reinterpretando el inconsciente como el espacio en el que ésta reprime la feminidad. Estos planteamientos llevan a reflexionar acerca de cómo los mecanismos de opresión y subordinación pueden ser internalizados y reproducidos subjetivamente por las mujeres. Mitchell sostiene que la teoría freudiana debe comprenderse como una explicación del modo en que cada individuo llega a adquirir una “ley patriarcal” y cómo esta adquisición determina la estructura psíquica.

En la vivencia subjetiva de lo masculino y lo femenino (lo que se ha llamado la identidad de género) juega un rol fundamental el otro significativo y el proyecto identificatorio que los padres, portavoces de lo social, ofertan a su hijo/a. Entendiendo este proyecto identificatorio como un precipitado en el que confluyen la cultura, la sociedad, y las vivencias históricas acerca de lo que se entiende por ser femenino y ser masculino.

La constitución de lo femenino/masculino, se adquiere a través de un complejo proceso de identificaciones, en el cual –según plantea Emilce Dio Bleichmar–, la identificación proyectiva no ha sido suficientemente valorada.

“En la estructura asimétrica de la relación adulto-niño, la pareja de padres identifica proyectivamente de modo permanente los fantasmas de género... El fantasma de género es el componente obligado del fantasma de hijo o hija que toda pareja de padres posee, despliega e identifica proyectivamente sobre el cuerpo del recién nacido, y que acompañará la relación con él durante toda la vida” (*Dio Bleichmar 1992: 123*).

Para la niña, la figura central en este proceso de adquisición de la identidad de género, es la madre..., madre que ha devenido mujer... Nos preguntamos ¿Qué sujeto-mujer ha devenido la madre? Probablemente una mujer que ha intentado ser sujeto de su destino, pero con certeza una mujer que en tanto sujeto social, ha introyectado la ley patriarcal que como ya dijimos la ubica en un lugar de sujeto-objeto de segunda clase, desvalorizado.

Lo anterior se ilustrará con un material clínico, el sueño de una paciente adulta

Sueño

P. “Estaba en unas casas como orientales con muchos patios interiores, esas casas que están arriba del piso, en pilares y también son como laberínticas. Las piezas no están todas juntas y hay como puentes entre ellas. La primera imagen es que hay harta gente, ahora que me acuerdo cuando chica había unas jornadas religiosas con las niñas más grandes, nos llevaban a un santuario donde íbamos a reflexionar...era como un laberinto. Esto era más o menos parecido, yo sentía mucha gente... Era entretenido porque nos quedábamos en la noche leyendo, contándonos historias de terror, que alguien había visto a la virgen andando afuera,....esas cosas. En el sueño era como esa sensación. Yo andaba con mi mamá. Estaba asustada caminando detrás de mi mamá y veía a todo el mundo en las piezas leyendo y ¡¡Yo con mi mamá!!

Después se hace de día, estamos en una reunión, yo estoy tendida en un sillón apoyada en las piernas de alguien. Dicen que la enfermera del hospital había renunciado y que había que reemplazarla. Estaba mi profesor de psicoanálisis, él era el que llevaba la reunión. Pedían colaboración y yo levantaba la mano. Había varias que levantaban la mano. Había una niña chica, la Carolina que me decía “mamá, mamá tienes los pies sucios”. Yo ando en mi casa a pies pelados y me dice “mamá tienes los pies piluchos”. Ahora era lo mismo pero lo decía calladita.

No me había acordado de esas jornadas. Me acuerdo poco lo que hacíamos en el día, dinámicas parece. Lo más entretenido era en la noche que nos contábamos historias y estábamos todas muertas de miedo y algunas salían en operación comando a ver. Era un santuario, del movimiento religioso donde están mis papás. Había una estatua grande de la virgen, muy blanca, y típico que alguien decía que se había movido, que estaba caminando. Yo sentía todo eso, pero no era de las que se levantaban. Yo salía después, andaba con las más tranquilas, con las que se iban a dormir y me quedaba en la noche escuchando.

T: ¿Y las casas orientales?

P: Me acordé de una película Karate Kid. Me encantan esas casas. Uuuyyy la asocié con una geisha y con paredes de papel como en las películas. Uno se saca los zapatos para entrar, hay alfombras, plantas, flores de loto.

T: *¿Y las Geishas?*

P: *Ahora se me ocurrió. En el sueño estábamos de vacaciones ahí. Yo tengo una tía, esa que le he contado, que me decía que mi mamá había sido criada para ser geisha. Le aguantaba todo a mi papá... Esa era la vocación de geisha...de más. Me acordé de una pelea que tuvieron hace poco. Mi papá llegó cansado del trabajo y encontró caliente la comida que le tenía mi mamá. Casi se la tira por la cabeza. Le gritó ¡Qué te pasa! ¡Cómo me tienes la comida caliente! Y se fue a acostar. Mi mamá lo seguía detrás poco menos que soplándole la comida. Ahora ya no me da tanta rabia. Total son ellos.*

Pero lo oriental, aparte de geisha lo asocio a sabiduría. Con mi hermano siempre comentamos que la medicina oriental más que sanarte, es preventiva. Me da la sensación de sabiduría, introspección. Pero también en esa película era un maestro y un aprendiz que a través de cosas cotidianas como encerer la casa, le enseña los movimientos del karate. El aprendiz alega y alega, ¡Cuándo me vas a enseñar! Pero si ya sabes dice el maestro y termina siendo él también un maestro de karate.”

En el sueño la paciente va detrás de su madre al igual que la madre va detrás de su padre, mostrando el lugar simbólico que ocupa la mujer en su imaginario, reflejo del imaginario social... Lugar que la madre trasmite a través de su quehacer cotidiano mas allá de discursos...

Como analistas, ¿hemos hecho consciente esta marca de nuestra subjetividad o también y al igual que los padres la transmitimos inconscientemente a través de nuestras intervenciones e interpretaciones, perpetuando esta ley patriarcal?

Si entendemos el yo como un yo social, “nadie se enferma solo y nadie se cura solo” (Martino, 2008: 7), los límites personales del analista y su comprensión sobre el lugar que ocupa en lo social, desde su ser masculino o femenino, determinarán también los límites de su clínica.

Pilar Errázuriz en su texto *Misoginia Romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina*, señala que una de las primeras definiciones de inconsciente hechas por el Romanticismo Alemán, alude al “aspecto nocturno del alma” (Errázuriz, 2012: 15). Así también en el sueño de la paciente, lo más importante, lo significativo desde el plano psíquico, ocurre en la noche, en el espacio Inconsciente.

Siguiendo a Juliet Mitchell, lo inconsciente resultaría como ya se dijo, el espacio en el que la sociedad patriarcal reprime la feminidad. Y así aparecen en el sueño de la paciente, representaciones en torno al ser mujer, la Virgen, la niña detrás de la mamá, la desnudez, sus pies desnudos, la niña que censura lo anterior, la geisha, la enfermera que hay que reemplazar. Todo esto en un contexto de un Santuario, donde la religión, Institución que ya conocemos en esta cultura, a través del pecado original, ha sido la administradora de la culpa por excelencia. Sorprende cómo los mecanismos de opresión y subordinación pueden ser internalizados y reproducidos subjetivamente por las mujeres en pro de mantener la ley patriarcal.

Conclusiones

¿Por qué en una sociedad en que hay cierto consenso sobre la desigualdad de valor, entre el ser hombre y el ser mujer, continuamos perpetuándola? Apropiándonos de las palabras de Christophe Dejours, “Si esta maquinaria sigue desplegando su potencia es porque consentimos en hacerla funcionar, aunque provoque rechazo. ¡Aunque nos provoque rechazo!” (Dejours, 2006:11).

Si bien pensamos que el Psicoanálisis puede ser un instrumento para lograr la autonomía también creemos que puede colaborar para perpetuar un orden patriarcal y obstaculizar la escucha más neutra sobre el recorrido en una paciente sobre su devenir mujer.

Ya lo decía Klein en 1927, en el Simposium sobre análisis infantil, documento histórico para el psicoanálisis, que uno de los obstáculos fundamentales del análisis resultan los prejuicios del analista, uno de ellos, ni más ni menos, el saber de la teoría psicoanalítica misma. Para la autora, –y ya nadie discute aquello–, el hecho de que el psicoanálisis de niños haya sido menos afortunado que el de adultos, se debió a que no fue encarado con un espíritu de investigación libre y desprejuiciado y en cambio estuvo trabado y entorpecido por varios preconceptos. Lo mismo puede ocurrir con el análisis de la mujer, pudiendo encontrar otras trabas desde el psicoanálisis que obturen una escucha más neutra sobre ese devenir mujer (envidia del pene, mujer fálica, complejo de masculinidad, masoquismo

primario, anatomía es destino, etc.) con riesgo de resultados parciales, menos afortunados o, peor aún, con efecto iatrogénico, identificando proyectivamente el analista sobre su paciente la teoría psicoanalítica y sus propios fantasmas de género no elaborados (Dio Bleichmar 1992).

Pensamos que lo social, no opera tan sólo como un referente o contexto que influye en la conflictiva del paciente, sino que opera como una instancia que forma para del conflicto, generando espacios que favorecen o dificultan la posibilidad de un proyecto identificatorio para ese sujeto. Se evidencia finalmente, la necesidad de la escucha por parte del analista de lo social y cómo esto ha operado en la constitución psíquica de la mujer.

En la clínica psicoanalítica vemos cómo el entendimiento sobre la realidad psíquica queda circunscrito muchas veces en el límite de la subjetividad familiar o del grupo de los familiares, pero ha permanecido sin ser pensado en ocasiones “por el psicoanálisis y en el psicoanálisis”, las marcas dejadas por la violencia de la Historia y la Cultura cuando éstas irrumpen, como si la historia, lo político y el psicoanálisis caminaran en el mejor de los casos por sendas que se pudieran a momentos entrecruzar, pero con una ilusión aún individualista de su origen, anclada seguramente en los orígenes médicos del psicoanálisis, (Puget y Kaës, 2006).



Referencias

- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Castoriadis, C. (1999). *Figuras de lo pensable*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Dejours, C. (2006). *La banalización de la Injusticia Social*. Topía Editorial.
- Dio, E. (1992). Femenidad/masculinidad resistencias en el psicoanálisis al concepto de género. En *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, Mabel Burín, Emilce Dio Bleichmar (compiladoras) Ed. Paidós, Buenos Aires 1992, pág.123.
- Errázuriz P. (2012). *Misoginia romántica, psicoanálisis y subjetividad femenina*. España, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI Ed. (1990).
- Freud, S. (1938). Conclusiones, ideas, problemas. Obras Completas, Amorrortu Ed. Vol. XXIII, 1998.
- Klein, M. (1927). Simposium sobre análisis infantil, Obras Completas, Tomo I, *Amor, Culpa y Reparación*. Editorial Paidós, 1990.
- Mitchell, J. (1982.). *Psicoanálisis y feminismo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Martino, C. (2008). La agresividad - La violencia, Desde “el malestar en la cultura”, *Intentos para un cierto bienestar a partir del pensamiento psicoanalítico*. Recuperado 13 de Septiembre de 2010, de http://www.wpanet.org/uploads/Sections/Mass_Media_Mental_Health/la-agresividad.pdf

Puget, J. y Kaës, R. (2006). *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Lumen.

Rodrigué, E. (1996). *Sigmund Freud. El Siglo del Psicoanálisis*, Ed. Sudamericana, (Tomo I).